

LA PESADILLA

Adrián se encontraba perdido en un lugar como ese: lúgubre, repleto de gente, con aquel extraño olor a rancio que casi le mareó. Era la primera vez que se encontraba junto a seres que no eran humanos; seres que jamás pensó que iba a conocer si no hubiera ocurrido la terrible circunstancia que le arrastró hasta allí.

Los sueños catastróficos, la brillante luz que rasgaba el cielo, su rostro...

Noche tras noche la veía correr entre enanos, elfos y dragones. Era hermosa, terriblemente hermosa.

Despertaba sobresaltado y sudoroso, con el corazón acelerado y temblando, día tras día, cuando ella se volvía a mirarle y de sus ojos surgía la luz que rompía el negror de la oscuridad, como si de un relámpago se tratase.

Ni siquiera el psicólogo supo lo que le pasaba. Era un hombre normal, con un trabajo estable, sin problemas. No le gustaba complicarse la vida. Era afable, agradable y siempre dispuesto a ayudar. Los que le conocía le querían y le apreciaban.

Quizás, lo único era que no había encontrado a la mujer que compartiera su forma de ser; pero no la buscaba, si debía aparecer ya lo haría.

¿Cuándo comenzó todo?

Sí, fue entonces, en la cena de Navidad de la empresa cuando Juan y Pablo le convencieron para que les acompañara, a desgana, a tomar la última copa en una cafetería junto a la playa.

Juan se quedó dormido en el coche, sin poder aguantar las copas de más y Pablo y él entraron en la cafetería: Pablo pidió un licor y Adrián un café. Como siempre, el hablador de su compañero entabló conversación con el dueño del local y él quedó pensativo mirando el mar tras el cristal del gran ventanal.

Debía haber cogido el coche y ahora estaría tranquilo en casa, con el pijama puesto, disfrutando de alguna película o escuchando a Vivaldi, que le encantaba.

El mar estaba en calma, sin olas.

De pronto, un relámpago iluminó el agua. ¿Cómo podía ser? ¡No había nubes! ¡El cielo estaba totalmente despejado! Había advertido la presencia de las estrellas y la luna antes de entrar allí.

Y, entonces..., la vio.

Quedó atónito al advertir que una mujer surgía del agua. Hermosa, de rostro sereno y angelical; su vestido blanco, mojado, dibujó su atractivo cuerpo. Parecía brillar en la oscuridad. Más aún se sorprendió cuando descubrió que le miraba y extendía la mano derecha hacia él; la oyó llamarle.

De nuevo, otro relámpago y, ¡ya no estaba allí!

Salió corriendo de la cafetería, asombrando a Pablo que le siguió. Escudriñó el lugar: ¡no había nadie! Ni rastro de que hubiera habido alguien antes.

- Adrián, ¿qué te sucede? – preguntó Pablo.

- Pablo, yo... - reflexionó unos instantes-. Ha debido ser una alucinación, por el cansancio.

¿Podemos irnos ya a casa?

- Sí, claro – balbuceó su amigo al verlo tan alterado-. Ve al coche. Ya pagaré yo.

Y empezó la pesadilla, la misma pesadilla, noche tras noche hasta el día de la catástrofe.

Fue terrorífico: el suelo comenzó a temblar y a resquebrajarse, los edificios se hundían, engullidos, literalmente, por el suelo, desapareciendo sin dejar rastro.

Adrián corrió todo lo que pudo para no ser atrapado y absorbido por aquel suelo que se abría; coches, personas...., todo desaparecía. Los gritos de terror se sucedían a cada esquina y el estruendo ensordecedor crecía cada vez más. No podía detenerse, ni siquiera para mirar hacia atrás. Notaba que el estruendo le perseguía.

Pronto estuvo en las afueras de la ciudad. Muy cerca avistó la pequeña sierra culminada por el castillo. ¿Y si subiera por ella? No lo pensó más e inició el pesaroso ascenso, cuesta arriba, jadeando.

El ruido parecía alejarse. Aún no se atrevió a volverse. Siguió subiendo, un poco más hasta llegar a la muralla del castillo. El estruendo había cesado. Miró hacia la ciudad y retrocedió atónito, tropezando y cayendo sentado sobre una roca: todo había desaparecido. En el lugar donde estaba la ciudad ahora había un paraje de película de miedo: precipicios profundos que parecían no tener fondo.

Sin embargo, la sierra del castillo permanecía inalterable. Observó a derecha y a izquierda y no pudo ver a nadie más. Se puso en pie y decidió rodear la muralla hasta llegar a la puerta del

castillo, que no estaba muy lejos. Cuando llegó hasta ella vio el mismo paisaje que siempre había disfrutado desde allí: los campos verdes, las colinas con árboles y, al fondo, el mar.

¿Qué había pasado? ¿Por qué la ciudad había desaparecido? Se sentó, agotado por el esfuerzo y quedó profundamente dormido.

- Adrián. Adrián – le llamó una suave voz de mujer-. Adrián, despierta. Ya está aquí la cena– le hablaba con mucha familiaridad.

- Yo...- estaba aturdido. Sí, el terremoto, la ciudad, el precipicio -. La ciudad, ¿qué ha pasado con la ciudad?

- ¿Ciudad? ¿Qué ciudad?

- Allí, al otro lado del castillo – enmudeció al darse cuenta de que estaba en el interior de aquel lugar lúgubre repleto de seres extraños (elfos, enanos, magos, hombres...), que bebían, comían y charlaban.

- Querido – la hermosa joven le elevó el rostro delicadamente con su mano -. Estabas soñando y gritabas.

- ¡Tu! –era la mujer de la playa-. ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres?

- ¡Adrián! – exclamó ella preocupada -. ¿Qué quieres decir? Estamos en la cantina de Gorar, para cenar y descansar. El camino a caballo ha sido largo y pesadoso; estabas agotado.

- ¿Caballo? – se levantó llamando la atención de los presentes -. Tú en mis sueños, el terremoto, los coches...

- ¿De qué hablas? Ese sueño te ha trastornado. Toma, siéntate y bebe un poco de vino.

Adrián se sentó y cogió la jarra que le extendía la mujer. Bebió un sorbo y saboreó el vino. Pareció reconfortarle; sabía muy bien, como siempre. Observó detenidamente a la joven y los recuerdos volvieron a su mente.

- Tu eres Antea, mi esposa.

- Sí, soy Antea – asintió ella-. Estás muy extraño.

La abrazó.

- Antea, ya sé donde estoy. ¿Sabes? He tenido una pesadilla tan real que creía que eras un sueño. Pero, sólo era una pesadilla.